Las Dagas carmesíes, v2

Las Dagas carmesíes
Libro dos

de
Recolector de Moneda

l año de fundarse, las Dagas carmesíes ya habían más que triplicado su número, que ahora contaban con quince miembros.

Tyra Sangre-Fuego había encontrado a su herrera en la Ciudad Imperial, una orca llamada Yakhtu. Había reclutado a dos astutos magos guerreros, los hermanos bretones Erwan y Edward. En Elsweyr había conocido a M'Sharra, una ratera que terminó por convertirse en una ladrona muy competente. También estaban los arqueros bosmer Fathrys y Ehlhiel. Uno de ellos era un romántico sin remedio y el otro, un cínico a pesar de su juventud. Estaba Ojos Pálidos, un argoniano sincero y leal, y la guardia roja Zaharia, una líder nata. Finalmente, obtuvo la fuerza bruta que necesitaba cuando dio con el guerrero orco Urgnok y los nórdicos Skjol y Bjormund, cuyos cuerpos eran tan inquebrantables como el hielo de sus ancestros.

En conjunto, era toda una organización, comparable a la de cualquier gremio importante. Tenían miembros haciendo trabajos desde Bruma hasta Dune, asaltando almacenes y saqueando granjas. Con cada caja que pasaba a engrosar sus arcas, Tyra esperaba que su influencia se extendiera por todo Tamriel y despertase el miedo y la admiración de todos aquellos que operaban en la sombra.

Sin embargo, como bandidos, obtenían la mayor parte de sus ingresos asaltando caravanas. Acechaban en las carreteras y las vías públicas, esperando a que pasasen carruajes llenos de mercancía para aligerarlos rápidamente de peso. Para esta tarea, la khajiita M'Sharra era la mejor. Tenía una mirada capaz de identificar un carromato pesado, desde el giro de las ruedas hasta las marcas que iba dejando en la tierra. Era capaz de distinguir a un guardia cansado por la forma de hundir los hombros o por sus andares. Era capaz de ver con claridad incluso en la noche más cerrada, mientras que

otros dependían de la luz de sus antorchas.

Y aunque carecía de una gran fuerza física, eso estaban dispuestos a compensarlo los demás bandidos.

Sin embargo, aquella noche sus víctimas opusieron algo de resistencia. Se trataba de monjes y sacerdotes que estaban deseando reunirse con sus creadores. El carromato que saquearon se dirigía a un templo, y en sus cajas llenas de tesoros había otros tributos además del oro.

"¿Creéis que a Tyra le gustará esto?", preguntó M'Sharra asomando la cabeza por la parte de atrás del carromato, con un amuleto de Talos colgando de la oreja.

"A los bandidos les sirven de poco los dioses y los rezos", gruñó Urgnok mientras limpiaba de sangre su hacha de combate. "Es un regalo nefasto".

"Tonterías", replicó Bjormund mientras descargaba una caja. "Todos los nórdicos adoran a Talos, ¡casi tanto como al aguamiel!".

"Eso te parece a ti, cabeza de témpano", gruñó Urgnok, "pero por Malacath que Tyra no es una idiota como vosotros. Ella tiene buen gusto".

Si Tyra hubiera sido como los demás nórdicos, Urgnok nunca le habría jurado lealtad. Para él, los nórdicos eran gigantes de rostro pálido, amantes de la poesía, que comían con las manos y bebían en cuernos. Sin embargo, Tyra no pensaba como los demás nórdicos, ni daba la misma impresión ni olía igual. Y sobre todo, no peleaba como ellos. Le gustaba más el sabor áspero del sujamma que las bebidas con miel de los espaldas nevadas, y despreciaba cualquier tipo de poesía. Él sospechaba que quizá fuera de Morrowind, pero no le gustaba entrometerse en los asuntos de otros.

"Ah, ¿sí?", preguntó M'Sharra sonriendo traviesa, con el amuleto balanceándose al enderezar las orejas. "¿Y qué piensas llevarle tú, Urgnok?".

"¿Qué? ¿Por qué tengo que llevarle nada?", preguntó el orco con frialdad. "De todas formas, estaréis todos muertos dentro de un año".

M'Sharra palideció al oír aquellas palabras. No sabía si el orco estaba bromeando o si

se trataba de una profecía. Aunque Urgnok distaba mucho de ser un hechicero, sabían que estaba interesado en la magia negra, y tenía cicatrices y marcas tribales en el cuerpo, además de llevar tótems de hueso colgados al cuello. A diferencia de la herrera Yakhtu, su ira no parecía deberse a la dureza de su estirpe, sino a algo más profundo y personal, que se hacía notar cada vez que tenían una conversación. Los demás reflexionaron en silencio sobre sus comentarios, hasta que el joven bosmer Fathrys se decidió a hablar.

"A propósito, ¿querías algo por estas fiestas, Zaharia?", dijo a media voz, con un ligero sonrojo asomando a su suave piel marrón. La guardia roja no le prestó mucha atención y siguió examinando los caballos del carromato.

"Si quieres hacerme un regalo de Saturalia", dijo Zaharia señalando las flechas clavadas en el costado del carromato, "puedes practicar la puntería. Estaré más tranquila contigo a mis espaldas cuando seas capaz de matar algo más que tablones de madera".

"Todo eso está muy bien", dijo M'Sharra, "pero hay algo mucho más importante que la vida y la muerte, y es que esta khajiita no tiene un regalo en condiciones".

"Si se lo regalas de corazón", dijo Fathrys con la mirada clavada en la guardia roja, "con el amuleto bastará".

Dos semanas más tarde, en una fría noche de Saturalia, Tyra Sangre-Fuego despertó con el crepitar del fuego. Había una nota en su caja de caudales privada, y al abrirla encontró un amuleto envuelto en tela. La khajiita había entrado a escondidas en su habitación antes y le había dejado el regalo y el fuego encendido como prueba de su generosidad y habilidad.

Tyra nunca había sido religiosa, pero al contemplar el amuleto de Talos rodeada por aquel resplandor cálido y rojizo, algo se agitó en su interior. Quizá fuera la carta de Peladius que había recibido aquella mañana sobre un encuentro con los Thalmor en Dune. Al instante, se apoderó de su mente un pensamiento que pronto se convirtió en una idea. Al día siguiente hizo llamar a sus habitaciones a la herrera. La idea se había convertido en un plan.

"Quiero que forjes más de estos amuletos", dijo Tyra colocando el collar en forma de

hacha sobre la mesa ante ella.

La herrera cogió el artefacto y estudió el diseño, siguiendo con los dedos los complejos grabados con que estaba adornada la pieza. A diferencia de otros amuletos, era sencillo y a la vez ornamentado. Sus hojas presentaban un tono neutro que no reflejaba ni absorbía la luz de las velas que brillaba a su alrededor.

"Está hecho con hueso y escamas de dragón", respondió Yakhtu. "Ahora mismo son difíciles de conseguir, pero seguro que se puede hacer una réplica. Solo tengo una duda: ¿por qué? Me parece un poco raro que los bandidos recurran a los Divinos en busca de ayuda".

"La semana pasada, los justicias mayores Thalmor prendieron fuego a una caravana de mercancías en la ruta de la plata", dijo Tyra. "Al parecer, mataron al mercader porque sospechaban que era adorador de Talos. Y no solo aquí; Peladius me ha contado que los Thalmor están dedicando todos sus esfuerzos a eliminar a cualquiera que tenga estos amuletos, ya sea gente en las calles o carromatos en los caminos".

"Carromatos", contestó Yakhtu. "Como los que saqueamos".

"Exacto. Estos amuletos no son armaduras, ni joyas ni tributos", dijo Tyra. "Son un motivo. Colocamos uno en cada caravana que asaltemos y prendemos fuego a los carromatos cuando acabemos de saquearlos. Los guardias echarán la culpa a los Thalmor, y nosotros nos quedamos con el botín".

Yakhtu asintió y se marchó, decidida a forjar los amuletos. Tyra sabía de sobra que la herrera no necesitaba llevarse el artefacto, puesto que ya lo había memorizado. Poseía un genio especial, diferente al de los demás: discreto y distante, comparable únicamente a su insaciable diligencia para el trabajo. Los amuletos estarían listos al amanecer, y no hacía ninguna falta incluir aquel.

Al volver a guardarlo en la caja de caudales, Tyra se dio cuenta de que había otro objeto entre los montones de oro y joyas. Era el diente de un jefe orco, un trofeo que solía obtenerse derrotando a su dueño en combate singular.

Tyra conocía la historia de uno de estos orcos, un hijo que se había visto obligado a matar a su padre contra su voluntad. Destrozado, el hijo llevaba colgado al cuello el

diente como recuerdo, y temía que llegase el día en que tuviese que matar a sus futuros hijos. Hasta que un día, el hijo conoció a una bandida nórdica que pasó a formar parte de su tribu y lo desafió a un duelo.

La bandida derrotó al orco en combate singular, y al darse cuenta del dolor que lo asolaba, lo liberó de sus responsabilidades como jefe. No le pidió su diente, sino que le hizo jurar que se pondría a su servicio cuando llegase el momento. Al fundar las Dagas carmesíes, la nórdica volvió a ver al orco y le exigió cumplir su juramento.

Tyra sonrió al recordar la anécdota. No sabía que Urgnok se había quitado el diente, pero no le sorprendió lo más mínimo.

Las Dagas carmesíes, v2

FormId	ccbgssse056-ba_silver.esl:000824
Owning plugin	ccbgssse056-ba_silver.esl
Local FormId	000824
Editor ID	ccBGSSSE056_BookV2
Inventory image	(none)
Menu art	HighPolyBasicBook05
Value (gold)	3
Type	Book or tome
Weight	1
Can be taken	Yes
Teaches	(none)
Inventory description	(none)
Keywords	VendorItemBook
Locations	0
Leveled lists	0
Scripts	0

© Bethesda Softworks LLC and the authors of the mods in the load order.
Exported and generated with SkyrimSourceExporter.